

AMOR CONSTRICTIVO

Volumen 6 – Sermón No. 325

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 3 DE JUNIO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA DE NEW PARK STREET, SOUTHWARK**

***“Amad a Jehová, todos vosotros sus santos”
Salmos 31:23***

Amad a Jehová, así declara el texto. Dios Padre exige vuestro amor, y Él merece el afecto más cálido de vuestros corazones. Él os ha elegido desde antes de la fundación del mundo. Ha dado a Su Hijo para redimirlos con Su preciosa sangre. Él los ha tomado en Su familia por adopción divina. Él "os ha engendrado de nuevo para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos". Es a Él a quien diriges tus oraciones, es Él quien te concede tus peticiones. Es Él quien glorificó a Su Hijo Jesús, recibéndole en los cielos como vuestro representante, y Él le glorificará de nuevo reuniéndoos con todo Su pueblo en las mansiones provistas para los bienaventurados.

"Amad al Señor, todos sus santos". Amad al Hijo. Es Aquel cuyas delicias estaban con los hijos de los hombres de antaño, Aquel que entró en garantía y compromiso de pacto en nombre de Sus elegidos. Es Él quien con Su preciosa sangre ha rescatado nuestras almas y las ha librado "de descender al abismo". Él es nuestro mediador a través de quien oramos, y nuestro intercesor que ora por nosotros. Él es nuestra Cabeza, nuestro Esposo, nuestro Rey.

Él es, incluso Jesús, quien tomó nuestra naturaleza, y lleva un cuerpo como el nuestro. Es Él quien nos imparte Su mente ahora, y promete que de aquí en adelante llevaremos Su semejanza en gloria. "Amad al Señor, todos vosotros sus santos". Amad al Espíritu Santo. Él nos ha sido revelado, y es conocido por nosotros como "el Consolador". ¡Qué entrañable!

***"Él, en nuestros corazones de pecado y aflicción,
ha ordenado que surjan torrentes de gracia,
que fluyen hacia la gloria sin fin".***

Él nos dio vida cuando estábamos muertos en pecados, Él nos dio la gracia del arrepentimiento y de la fe, Él nos santificó, y nos guardó y preservó hasta ahora. Él ha tomado de las cosas de Cristo y nos las ha mostrado, Él ha habitado en nuestros pobres corazones, Él ha sido nuestro Consolador, nuestro instructor y nuestro maestro diario, 'Él es quien nos

convenció de pecado cuando aún no percibíamos su malignidad, y 'Él es quien inspira nuestros corazones y almas con la voluntad sobrenatural y la disposición de vivir para Dios.

Por el Espíritu Santo nacemos de nuevo y somos hechos partícipes de la nueva creación. Es por el mismo Espíritu que finalmente seremos transformados en la imagen de nuestro Señor de gloria en gloria. "Amad al Señor, todos vosotros sus santos". Si un mundo ciego no ve belleza en su Dios, y por lo tanto no lo ama, sin embargo, oh vosotros santos, amad a vuestro Dios. Si los enemigos del Altísimo levantan otros dioses, y se inclinan ante ellos, si se desvían por caminos torcidos, y se prostituyen tras sus falsos dioses, con todo, oh vosotros sus santos, manteneos firmes y volved a vuestro Jehová, y amadle más siempre.

No os limitéis a servirle, sino amadle. ¡Oh casa de Israel! no seáis sus esclavos, no sirváis a vuestro Dios como los paganos sirven a sus dioses, por terror y miedo, sino "amad al SEÑOR, todos vosotros santos". No seáis como los súbditos del Faraón, azotados a su trabajo con el látigo, sino sed los hijos obedientes de vuestro Padre amoroso. Servidle, os digo, y regocijaos ante Él. Dejad que el amor endulce todos vuestros servicios, dadle a Él todas vuestros corazones, haz de Él el objeto aún supremo de todos los deseos de tu corazón. Vivid siempre para Él como vivís por Él.

Tendré que pedirles paciencia esta noche, mientras me tomo una libertad con mi texto. Se trata de esto: pretendo confinar su exhortación a una Persona de la Divina Trinidad. Ya lo he aceptado en su amplitud: "Amad a Jehová, todos vosotros sus santos". Esta noche me propongo usarla en consonancia con una ocasión como la presente, en la que celebraremos la cena de nuestro Señor: "Amad a Jehová Jesús, todos vosotros sus santos," y me esforzaré, conforme el Espíritu Santo me lo permita, primero que nada, para incitarlos a amar a Jesús, mostrándoles cuán apropiado y digno es que lo hagan, y luego procuraré mostrar las excelencias de amar a Jesús, cuán provechoso será para su espíritu, si su corazón está enteramente inflamado de amor hacia Él.

I. Primero, pues, amados míos, que un sentimiento anime toda mente, y una emoción llene todo corazón. "Amad a Jehová, todos vosotros sus santos". Siento al comenzar a exhortaros a amar a Cristo, que el amor es una corriente que debe fluir espontáneamente, una fuente que debe burbujear por sí misma. Cuando la gracia hace que un hombre ame a Cristo, no lo hace por la fuerza, pues el amor es un vino que no puede ser sacado de las uvas con presión, sino que debe destilarse libremente. No se puede obligar al corazón a amar. Es cierto que puede ser constreñido por el amor, pero por ningún otro constreñimiento. Moisés, con todos los truenos que dieron una sanción extraordinaria a su misión, nunca pudo hacer que un corazón amara a Dios.

No hay nada más que amor que pueda crear amor, y el amor mismo viene como cuando

destila el panal. La única presión que se digna soportar es la del amor. "Atráeme", dice el amor, "y correré en pos de ti; condúceme y no podré sino resistir; mi deseo ni siquiera puede agitarse, y mucho menos puedo correr en pos de ti con ferviente apego. Mi corazón se derretía mientras mi Amado hablaba, porque Él era mi Amado. Porque Él me amaba, y hablaba amorosamente, mi corazón se derretía, si hubiera estado enojado conmigo, si hubiera hablado con palabras ásperas, mi alma podría haberse derretido de miedo, pero nunca podría haberse disuelto de amor".

El amor, digo, es la única presión que puede usarse para producir amor, y, sin embargo, creo que puedo "agitar vuestras mentes puras por medio del recuerdo", pues puede suceder que mientras lanzo algunas chispas, éstas toquen la pasión inflamable de vuestros espíritus recién nacidos, el soplo del Espíritu pueda avivarlas y nutrir las, hasta que el amor de vuestro corazón parezca como si hubiera recibido fuego nuevo.

Oh, amor, permíteme ofrecerte algunos de tus deliciosos dulces. Permítanme razonar con la más tierna lógica del corazón: "Amad al Señor Jesús todos vosotros Sus santos", porque Su Padre le ama a Él. Siempre debe ser correcto que amemos a quien Dios ama. Ahora bien, el Padre tiene mucho amor, pero Su amor preeminente es por Su Hijo unigénito. Uno con el Padre desde antes de todos los mundos, Uno en esencia, así como en morada y atributos, nuestro Jesús fue siempre tan querido al corazón de Su Padre, que ninguna lengua puede decir, ni siquiera el corazón concebir, cuán profundo es el manantial de donde fluyó el amor del Padre al Hijo.

"El Padre ha amado al Hijo, y ha entregado todas las cosas en su mano". Lo ha amado, no sólo por la unidad de su naturaleza, y por ser un solo Dios, sino que el amor del Padre ha fluido hacia Cristo como Mediador. Lo ha amado por la obediencia que perfeccionó, por los sufrimientos que padeció, por el rescate que pagó, por la batalla que libró, por la victoria que obtuvo.

Hubo un ojo que siempre siguió a Cristo más de cerca que ningún otro, hubo un corazón que siempre comprendió sus dolores, y un rostro que siempre se llenó de deleite celestial, cuando Jesucristo venció a sus enemigos. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó gratuitamente por todos nosotros".

Cuando lo hubo entregado, creo que sus entrañas anhelaron por Él, su corazón lo siguió y su alma lo amó, al verlo alzarse superior a todo enemigo que se rebajó a encontrar, victorioso en todo conflicto que se dignó librar, soportando toda cruz que condescendió a sufrir, y arrojando toda carga lejos de Él cuando la hubo soportado el tiempo predestinado.

El Padre, digo, ha amado al Hijo por las grandes cosas que ha hecho, y por eso ha

entregado todas las cosas en Su mano.

Y, ¡oh, Padre celestial! ¿Amas Tú al Señor Jesús, y rehusará mi corazón amarlo? ¿Soy yo Tu hijo, y no será el objeto del amor de mi Padre, el predilecto de mi corazón? En lo que Tú te deleitas será mi delicia, donde Tú veas belleza, mis ojos contemplarán con arrobos, y donde Tu corazón encuentre consuelo, allí hallará mi corazón reposo incesante y gozo inefable.

Yace Cristo en tu pecho; yacerá en el mío; está grabado Su nombre en tu corazón; oh, que sea grabado también en el mío; le amas; le amas de tal manera que no podrías amarle más; será mi privilegio amarle así con toda la fuerza y vehemencia de mi naturaleza renovada y rescatada, entregando todo mi espíritu para ser devorado por ese fuego consagrado de amor al Señor Jesucristo.

Una vez más, ¿no puedo incitarlos, hermanos míos, a amar a Jesucristo, recordándoles cómo lo aman los ángeles? Siempre lo han amado desde que lo conocen. Es verdad que no son sino criaturas de ayer comparadas con Él; Él es el Padre Eterno, Él es el Eterno, y ellos, aunque excelentes en fuerza, no son sino seres creados; sin embargo, ¡oh, cómo le han amado!

Era su mayor placer volar a Su voluntad antes de que Él descendiera del cielo a la tierra. No tenía más que hablar y se hacía. Sus ángeles eran espíritus, y sus ministros eran llamas de fuego para hacer su voluntad. Cualquiera que hubiese sido el servicio que Él les exigía, habrían considerado su más alto cielo haber cumplido Su voluntad.

Y cuando abandonó el santuario de los bienaventurados para venir a la tierra y sufrir, sabéis, hermanos míos, cómo le siguieron a lo largo de su camino estrellado, cómo no le dejaron hasta el último momento de la despedida, y entonces sus cantos le persiguieron hasta la tierra, mientras entonaban: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres".

Tú sabes cómo lo cuidaron desde entonces, cómo vinieron a Él en el desierto después de su gran batalla con el enemigo, y lo atendieron. Sabéis cómo fue visto por los ángeles a lo largo de su peregrinación, cómo en el huerto se le apareció un ángel que le fortalecía. Comprendes cómo alrededor del madero ensangrentado se apretujaban con fuerte deseo de ver a un Dios en agonía, y se preguntaban qué podía significar todo aquello, hasta que Él dijo: "Consumado es".

Visitaron Su tumba, un ángel descendió del cielo para rodar la piedra de la puerta del sepulcro, sí, más aún, ángeles formaron su séquito cuando ascendió a los reinos del cielo. Bien nos han enseñado a cantar,

***"Trajeron Su carro de lo alto,
para llevarlo a Su trono,
batieron sus alas triunfantes y clamaron:
"La gloriosa obra está hecha".***

Ustedes saben cómo ahora se inclinan ante Él, arrojando sus coronas a Sus pies, y cómo se unen al cántico eterno de "Gloria, y honor, y majestad, y poder, y señorío, y fuerza, sean a Aquel que está sentado en el trono, y al Cordero por los siglos de los siglos". ¿Le aman los ángeles, los ángeles que nunca probaron Su carne, que nunca necesitaron ser lavados en Su sangre, y no le amaré mi corazón? Espíritus, espíritus, inmaculados, ¿clamáis: "Digno es el Cordero"?

***"Digno el Cordero que murió", gritan,
"de ser exaltado así".
"Digno el Cordero", responden nuestros labios,
"pues fue inmolado por nosotros".***

Atrás, ángeles; dad al hombre el primer lugar en el amor; podréis adorar, pero no podréis amar como nosotros amamos, pues Él es nuestro hermano, hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne. "No tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles, sino que tomó sobre sí la simiente de Abraham". Él es nuestro más que tuyo, Él es hombre, Él nunca fue ángel, Él es nuestro hermano y pariente, nuestro próximo en sangre. Jesús, nuestras almas deben amarte, no podemos permitir que ni siquiera los ángeles sean nuestros rivales aquí, seremos celosos incluso de ellos. Nos acercamos a Tu trono más de lo que ellos pueden hacerlo.

Sobre cada uno de estos temas me veo obligado a ser breve, aunque ciertamente había suficiente espacio para la expansión: "Amad a Jehová, todos vosotros sus santos," porque vuestros hermanos que han sido arrebatados al tercer cielo le aman. Y aquí sólo tratemos de llevar este tema a casa a cada uno de nosotros.

¡Cuántos amigos queridos y parientes según la carne tenemos allá arriba, donde no flotan las nubes ni se conocen los inviernos, donde las lágrimas no brotan de los ojos y las arrugas no estropean las cejas! Allá arriba tenemos amigos, cuántas veces hablamos de ellos como perdidos, pero qué necios somos, nunca fueron más verdaderamente encontrados.

¿Está perdido ese marinero que ha escapado de un barco naufragado y se encuentra sobre la Roca? No, no, ellos no necesitan nuestra compasión, más bien podrían compadecerse de nosotros, si tal cosa pudiera existir. Estamos luchando en el oleaje para alcanzar la orilla como ellos lo han hecho.

Y oh, hermanos míos, creo que todo lo que ellos hacen arriba debería ser suficiente ejemplo

para que nosotros hagamos lo mismo aquí abajo.

Y ahora, ¡escuchad, escuchad cómo cantan ante el trono! Creo que entre esas voces alegres puedo distinguir a algunos amigos de compañeros de trabajo aquí abajo, de padres, de esposos, de esposas, de hijos, que aquí adoraban con nosotros, pero que ahora han subido allá a los asientos más altos de la sinagoga divina, para cantar en acordes más nobles que los que nosotros podemos hacer. Escuchad cómo cantan, y cuál es su tema...

***"A Jesús el Señor sus corazones recurren
Jesús, mi amor, cantan;
Jesús, la vida de nuestras alegrías,
Suena fuerte desde cada cuerda".***

Y ¡oh, cómo le aman! Me parece verlos, no tienen lágrimas, pero el gozo puede humedecer sus ojos mientras miran ese rostro amado, y mientras hablan unos con otros con sus corazones ardiendo, ardiendo con fuego más ardiente y llamas más claras que aquellos discípulos favorecidos que fueron a Emaús con su Señor. Se dicen unos a otros: "Cuán glorioso es Él, y nosotros somos semejantes a Él". Me parece oír su dulce conversación mientras cuentan las coronas sobre Su frente, mientras se inclinan y adoran, mientras se levantan y admiran, y luego, transportados por el deleite, vuelan de nuevo a Sus brazos. Con Él en el paraíso continuamente, en dulce comunión con Él: ¡oh, cómo aman!

Nosotros somos criaturas tan frías, como témpanos de hielo son nuestros corazones, pero los de ellos son como llamas de fuego. Oh, ¿no será suficiente para estimularnos a amar al Salvador, cuando pensamos cómo le aman los que han cruzado el Jordán, y han ido delante?

Pero vamos, tomaremos otro argumento. Seguramente no necesito decirles, amemos al Señor Jesús, porque todo lo que podría enamorar nuestras almas y constreñir nuestro amor se encuentra en Él. Hay una cosa llamada belleza que conquista los corazones de los hombres. El fuerte Sansón es débil como un niño ante su encanto. Hombres poderosos, no pocos, se han inclinado ante ella y le han rendido homenaje, pero si quieren belleza, miren el rostro de Jesús, ese rostro desfigurado tiene más belleza que todas las sonrisas de Cleopatra, o de la doncella de fábula de los días de antaño.

No hay belleza en ninguna parte sino en Cristo, Oh sol, no eres hermoso, cuando se te compara con Él. Estrellas, no sois brillantes, si se os pone al lado de Sus ojos, que arden como lámparas de fuego. Oh hermoso mundo y grandiosa creación de un Dios glorioso, no sois más que una mancha tenue y oscura comparada con el esplendor de Su rostro.

Cuando vean a Cristo, hermanos míos, se verán obligados a decir que nunca antes supieron

lo que era la hermosura. Cuando las nubes sean barridas, cuando las cortinas que lo ocultan de su vista sean descorridas, encontrarán que nada de lo que han visto resistirá un momento de comparación con Él. Estarás listo para exclamar: "Oh, sol negro, luna negra, estrellas oscuras, comparados con mi amado Señor Jesús".

Digo, hermanos míos, que si queréis uno a quien amar más hermoso que los hijos de los hombres, que sea siempre digno de vuestro amor, y muestre siempre a los ojos de los demás que hubo una razón suficiente para que le entregarais vuestro corazón. Amad a Jesús, pues nunca hubo en el mundo tanta belleza como en Él.

¿Gana la sabiduría el amor de los hombres? ¿No es Él más sabio que todos los hijos de los hombres? ¿Gana la fuerza el amor? ¿Los triunfos marciales, las proezas y el renombre someten el corazón? Hijas de Jerusalén, ¿queréis amar a un héroe? Salid al encuentro del Rey Jesús cuando regrese rojo del campo de batalla, glorioso en el triunfo. ¿Dan a veces los hombres su amor porque al principio son llevados a reverenciar el carácter, y después a estimar a la persona?

¡Oh, piensen en el carácter incomparable de Cristo Jesús! ¿Hubo alguna vez tales perfecciones como las que se encuentran en Él? Él no tiene la excelencia de un hombre, sino la de todos los hombres, sin las faltas de ninguno. Él no es simplemente la Rosa de Sarón, sino que es el Lirio del Valle. No sólo puede ser comparado en un momento con el cidro entre los árboles del bosque, sino que al instante es como el hermoso cedro. Todos los tipos de belleza fallan, y "las manzanas de oro en los cuadros de plata" pierden su fuerza cuando llegamos a tratar sobre Él.

Debemos acuñar nuevas palabras antes de poder describir las excelencias de Cristo. De hecho, tenemos que acabar con las lenguas, y entrar en esa tierra donde los espíritus expresan sus pensamientos sin el movimiento de los labios o la expiración de la respiración, antes de que seamos capaces de expresar la sobrecogedora belleza, la excelencia inconfesable del glorioso carácter de Cristo.

Oh, ámenlo entonces, ustedes pueblo de Dios, ámenlo, miren Su rostro, y vean si pueden evitarlo, miren, digo, Su carácter, y vean si pueden resistirlo. Pero os digo que si no le amáis, es porque no le conocéis.

***"Su valor si todas las naciones lo conocieran
seguro que toda la tierra también lo amaría".***

Sería imposible conocer a Cristo y, sin embargo, no tener el corazón impactado por Él,

debes ser dominado por Sus encantos. Una mirada de Sus ojos, un toque de Su mano, cautivarán tu corazón. Una vez que seas capaz de ver Su rostro, y que Él sólo te lance una mirada, sus dos corazones deben estar unidos.

¿Es tu alma para ti como un río que ondea solo en su lecho, y está Cristo allá, como otro río que fluye gloriosamente hacia el mar? Ruega al Señor que doble la corriente de tu amor hasta que caiga en el río de Su amor, y entonces seréis como dos arroyos, cuyas orillas fueron una vez divisiones, pero ambas se funden ahora en una. Entonces podréis decir con el apóstol: "Para mí la vida es Cristo," correré por el mismo cauce, "y para mí la muerte es ganancia," me perderé en el océano, devorado por un amor sin límites y eterno. "Amad a Jehová todos sus santos".

Sin embargo, una vez más, y tal vez éste sea el mejor argumento que pueda dar, el que, después de todo, tiene más efecto sobre nosotros. Le amamos, ¿por qué? ¿Porque el Padre lo amó? Oh no, somos demasiado necios para eso. ¿Lo amamos porque los ángeles lo aman? No somos lo suficientemente sabios para eso. ¿Lo amamos porque los redimidos lo aman? Me temo, hermanos míos, que todavía somos demasiado carnales para eso. ¿Le amamos por Sus propias excelencias? Creo que no, al principio, eso es un logro posterior de la gracia. Le amamos porque Él nos amó primero. Vengan, entonces, ámenlo, oh santos, porque Él los amó primero.

Tengo ante mí un tema que casi impone silencio a mi lengua. Hay algunos temas que hacen que uno desee que algún maestro más capaz acepte la responsabilidad de explicarlos, porque tememos estropear su simetría mientras lidiamos con sus detalles. El cuadro se extiende ante los ojos de mi mente con una gloria deslumbrante, pero no puedo esbozarlo para que otros puedan ver toda su grandeza.

A veces suponemos que el amor que Cristo nos tiene, pero, ah, está tan por encima de nuestros pensamientos, de nuestros razonamientos, de nuestras alabanzas, y también de nuestra aprehensión, en los momentos más dulces de nuestro éxtasis más espiritual: ¿quién puede decirlo? "¡Oh, cómo nos amó!"

Cuando Jesús lloró ante la tumba de Lázaro, los judíos exclamaron sorprendidos: "Mirad cómo lo amó". Verdaderamente tú podrías decir lo mismo con mayor énfasis. No había nada en ti que le hiciera amarte, pero Él dejó el trono del cielo por ti. Cuando descendió por las colinas celestiales, creo que los ángeles dijeron: "Oh, cómo los amó". Cuando Él yacía en el pesebre como un infante, se reunieron alrededor y dijeron: "Oh, cómo Él ama". Pero cuando lo vieron sudar en el huerto, cuando lo metieron en el crisol y empezó a fundirse en el horno, entonces sí que los espíritus de arriba empezaron a saber cuánto nos amaba.

¡Oh Jesús! cuando te veo escarnecido y escupido; cuando veo tus queridas mejillas convertidas en depósito de toda la inmundicia y saliva de bocas impías; cuando veo tu espalda rasgada por látigos anudados; cuando veo tu honor y tu vida arrastrados por el polvo; cuando te veo acusado de locura, traición y blasfemia; cuando veo tus manos y tus pies traspasados, Tu cuerpo desnudo y expuesto, cuando Te veo colgado en la cruz entre la tierra y el cielo, en tormentos terribles y atroces, cuando Te oigo gritar: "Tengo sed", y veo el vinagre llevado a Tus labios, cuando oigo Tu grito atroz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", mi espíritu se ve obligado a decir: "¡Oh, cómo ama!"

Podía morir, pero no podía dejar de amar, podía ser despedazado, pero no podía ser arrancado de Su pueblo, podía ser enterrado en la tumba, pero Su amor no podía ser enterrado, debe vivir, debe existir, no puede ser arrebatado de Sus elegidos.

Piensen también, hermanos míos, cuánto debe haberlos amado cuando seguían en pecado. Solían llamar hipócritas a Sus ministros, necios a Su pueblo, Sus días de reposo eran días ociosos para ustedes, Su Libro, Su precioso Libro, no era leído, nunca buscaban Su gracia. A veces, tal vez, solías maldecirle, tal vez perseguirle en Sus hijos, y, sin embargo, Él te amaba. Y cuando Su Espíritu vino tras de ti, trataste de apagarlo, no quisiste asistir al lugar donde la flecha se había clavado primero en tu conciencia, fuiste al teatro, trataste de apagar el Espíritu, pero Su amor no sería dominado por ti, Él había resuelto tenerte, y el Esposo aquietaría tu corazón.

Oh, cómo te amó, cuando te recibió todo negro y sucio en Su seno, te dio el beso de Sus labios, y te saludó como a Su propia esposa hermosa. Desde entonces, piensa cómo te ha cuidado en la enfermedad, cómo te ha llevado en Su seno cuando el camino era áspero, cómo te ha cubierto con Sus alas y te ha alimentado bajo Sus plumas. Piensa, te lo suplico, cómo parece haber movido cielo y tierra para bendecirte, cómo ha tenido siempre un oído presto para oír tu oración, y un pie veloz para correr en tu ayuda inmediata.

Recuerda esto, sobre todas las cosas, cuán mal has correspondido a todo Su amor. Le habéis servido muy poco, le habéis dado las sobras, no le habéis traído caña dulce, ni le habéis colmado con la grosura de vuestros sacrificios. No le habéis dado novillos de vuestro redil, ni machos cabríos de vuestro rebaño. Le habéis ofrecido ciegos y mutilados, le habéis dado sacrificios, pero ¿le habéis retribuido conforme a Su bondad para con vosotros?

Él sangró por ti, ¿has resistido hasta derramar sangre luchando contra el pecado? Él se entregó por ti, ¿le has entregado todo tu ser? No hubo un solo nervio en Su cuerpo que no se estremeciera de amor por ti, no hubo una sola gota de sangre que no tuviera en su rojo fluido tu nombre.

Seguramente Su cuerpo, entero y único, era todo tuyo: Su humanidad y Su Deidad también, y tú eres todo Suyo, y puedes decir, no, no te preguntaré, no puedes decirlo, que has hecho una entrega a Él, tan verdadera como la que Él hizo por ti.

Oh, ámalo entonces, por Su amor hacia ti. Estoy seguro de que no sabes cuánto Él amó, porque si lo supieras te rompería el corazón pensar que lo amas tan poco. Dulce Maestro, si estuvieras aquí esta noche para decirle a Tu pueblo cuánto lo amas, les romperías el corazón. Soy un pobre portavoz tuyo, Jesús. Ojalá hablaras Tú mismo.

Ven acá; es más, Tú estás aquí, Tú estás dondequiera que dos o tres se reúnan. Ven acá a Tu pueblo entonces, y envuélvelo en Tu traje carmesí, y diles todo Tu nombre. Háblales y diles: "Con amor eterno te he amado". Derrama Tu amor en sus corazones. Que tengan una conciencia infinita de Tu infinito, de Tu ilimitado, de Tu insondable, de Tu interminable amor hacia ellos, y entonces Tu obra estará hecha, no habrá necesidad de que Tu pobre siervo clame: "Amad a Jehová, todos vosotros sus santos", pues ellos Te amarán plenamente.

II. En la segunda parte de mi tema voy a mostrarles ahora algunas de *las excelencias de amar a Jesús*.

"Amad a Jehová, todos vosotros sus santos". Hay muchas excelencias que provienen del amor. El amor es un ungüento que da un olor dulce, pero mejor que eso, es un ungüento que cura las heridas, que da salud hasta la médula de los huesos. El amor tiene un poder maravilloso. Puede parecer poco en sí mismo, pero convierte a los hombres en gigantes. Quien se baña en la corriente del amor se vuelve invulnerable, es más, se vuelve todopoderoso. Es débil cuando no ama, pero es fuerte cuando ama, más allá de toda idea de debilidad.

Hermanos, una de las primeras cosas que el amor a Cristo hará por vosotros es que os hará soportar con alegría el sufrimiento por Cristo. Recordad al mártir Lamberto, uno de los primeros mártires quemados por causa de Cristo por los papistas. Lo trataron tan mal como a cualquiera, pues cuando lo ataron a la estaca, la leña estaba verde y el fuego era muy lento, y se consumió poco a poco, consumiéndose los pies y las piernas mientras aún quedaba vida en el cuerpo, y aquella pobre alma, cuando el fuego estaba a punto de quitarle la vida, aunque llevaba horas ardiendo, se le veía levantar las pobres manos que tenía, negras y carbonizadas, y aplaudir como podía, y decir, desde aquel pobre rostro negro que parecía una ceniza en la llama: "Nadie más que Jesús, nadie más que Jesús." Y así se dirigió en su carro de fuego hacia Cristo.

Tal vez tengas que soportar a veces burlas crueles. Puede ser que servir a Cristo se convierta en un trabajo arduo para ti. Ámalo, y no podrás decir lo fácil que será sufrir por Él. De hecho, cuanto más tengas que sufrir por Él, más feliz serás.

Lo considerarás todo gozo, es más, te regocijarás en ese día, y saltarás de alegría cuando se te permita sufrir por el nombre de Aquel que sufrió tanto por ti.

Tan cierto como que te acobardas ante el poco fuego que estos días suaves y apacibles pueden proporcionarte, tan cierto como que retrocedes ante las débiles reprimendas que el mundo te da ahora, puedes inferir que no amas a tu Señor como deberías, pues cuando le ames, entonces sentirás que cualquier cosa y todo lo que el mundo pueda hacer, nunca podrá apartarte de Él.

***"Las cuerdas que atan alrededor de mi corazón,
las torturas y los tormentos pueden romperlas,
pero nunca, nunca pueden separarse
del asidero que tengo en Cristo mi Señor".***

El amor no sólo hará que el sufrimiento sea fácil, sino que además hará que el servicio sea gozoso. Oh, ¿no saben en la iglesia cuánta reticencia hay a trabajar por Cristo? ¿Por qué en cualquier iglesia se encuentran hermanos que siempre están para hacer que otros trabajen, y no desean hacerlo ellos mismos? Es falta de amor, hermanos míos, pues tan pronto como amemos, desharemos hacer algo por Cristo. Cuando nos amamos, en qué cosas pensamos para darnos gusto. Con qué solicitud piensa la esposa qué podría llevar a cabo para hacer sonreír al marido, y cómo pensará el amante esposo en algún medio por el cual pueda mostrar su amor a su esposa.

Así sucede con los padres y con los hijos. ¿No habéis visto a la madre sentada noche tras noche sin dormir, y sin embargo no estaba cansada? Oh, estaba muy, muy cansada, pero no lo sabía, su amor no le permitía sentirlo. ¿No has visto nunca a la tierna esposa que vela por su esposo al borde de la muerte, sin apartar nunca los ojos de él, olvidándose de comer pan, sin pensar en nada más que en él? Duerme mientras está sentada en esa silla. Apenas es un momento. ¿Ha empezado? Se despierta. ¿No le pesaba la fiebre? Ella está siempre despierta, y todo el tiempo aguanta, aunque sus ojos están rojos de insomnio. Ella dice que podría hacerlo, y ciertamente ella también podría hacerlo, noche tras noche y nunca huye. Y así, sólo llena tu corazón de amor a Cristo, y es maravilloso lo que puedes hacer por Él.

Nada que puedas hacer por Él será demasiado. Veán cómo los moravos servían a su Maestro. Había una isla en las Indias Occidentales en la que algunos de los moravos desembarcaron, y querían predicar el Evangelio a los negros. Preguntaron cuál sería la condición bajo la cual se les permitiría desembarcar. Las crueles condiciones fueron éstas: que ellos mismos debían convertirse en esclavos.

Dos de esos hermanos moravos se convirtieron en esclavos, doblaron su espalda a los latigazos para poder trabajar durante el día, con el fin de tener la oportunidad por la noche de predicar el Evangelio a sus pobres compañeros negros en cautiverio.

Recordaréis también que cuando se encontró en algún lugar de África un lugar donde había leprosos confinados, personas cuyos miembros se habían podrido por la terrible enfermedad, se encontró a dos moravos que entraron allí, y aunque sabían que no podrían salir vivos, y que pronto serían ellos mismos contagiados por la lepra, y morirían lentamente. Estaban suficientemente listos y dispuestos a hacerlo todo.

El amor de los moravos, hermanos, me parece uno de los principales ejemplos de lo que debe ser el amor de todo cristiano. Nunca debe haber elección ni detenerse. ¿Me quiere Jesús aquí? ¿Puede hacer mejor uso de mí muerto que vivo? Que muera. ¿Se sentirá más honrado en mi pobreza que en mi riqueza? Que sea pobre. ¿Será Él más glorificado por mi trabajo que por mi descanso, o por mi enfermedad que por mi salud? Pues que así sea. Como Él lo entregó todo al Padre, así yo se lo entregaré todo a Él. Así como el Padre entregó todo en sus manos, así yo entregaré todo en Sus manos para ser suyo para siempre jamás. El amor a Jesús hará que todo servicio para Él sea gozoso.

De nuevo, el amor a Cristo hará dulce la obediencia. "El amor hace que nuestros pies dispuestos se muevan en rápida obediencia". Qué cosas haremos por aquellos a quienes amamos que no haríamos por nadie más. Así que por Cristo haremos muchas cosas, porque lo amamos, sin consultar nuestros sentimientos, o considerar si se obtendrá algún beneficio, o si, como algunos dicen, será de alguna utilidad. Sea absolutamente un mandato, o más suavemente un consejo, "todo lo que os diga, hacedlo".

A veces cuando pienso en muchos buenos hermanos y hermanas aquí que saben que es su deber ser bautizados en Su nombre, y venir a Su mesa y celebrar Su ordenanza en memoria de Él, y no lo hacen, aunque Jesús dijo: "Si me amáis, guardad mis mandamientos," no sé qué decir por ellos, debo dejar que hablen por sí mismos. A veces pienso, seguramente si amaran más a su Maestro, considerarían la obediencia como un placer. Pienso que dirían: "Me apresuré, y no tardé en guardar tus mandamientos," y estarían listos de inmediato para correr en el camino del Señor, sin hacer excepciones a ninguno de Sus mandamientos.

Además, hermanos míos, el amor a Cristo hará que la comunión sea muy dulce. Qué agradable es hablar con aquellos a quienes amamos. Darnos un buen amigo y nos habréis dado una bendición muy grande. Un día lluvioso bajo techo con un buen compañero es muy feliz, pero el mejor paisaje en un día soleado, en la compañía de aquellos por quienes no sentimos afecto, no es sino una pobre cosa. Déjame estar con Cristo en el lugar más mezquino, antes que con el pecador en sus lugares altos.

Lutero solía decir: "Prefiero caer con Cristo que estar con el César", y ¿no podrías decir que prefieres estar con Cristo en la pobreza que con cualquier otro en toda la gloria y grandeza de este mundo? Una vez que ames a Cristo, nunca estarás contento de estar lejos de Él. Dirás con el esposo: "Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos. Me senté a su sombra con gran deleite, y su fruto fue dulce a mi paladar".

Amigo, ¿cuánto hace que no tengas comunión con Cristo? Hagan la pregunta alrededor de los hermanos. Cada hombre y cada mujer contéstenla. Tú eres creyente; tu fe está en Cristo, ¿cuánto hace que no ves a tu Maestro? ¿Cuánto hace que no hablas con Él? ¿Cuánto hace que Él no te habla? Repitan esa pregunta y que cada uno la responda.

Me temo que hay algunos cristianos que no tienen comunión con Cristo durante todos los meses, es más, me temo que durante todo el año. Oh, qué cristianos son. ¿Dónde está el amor de esa esposa que nunca desea la sonrisa de su esposo durante todo el año? ¿Existe mucho afecto entre dos amigos que pueden vivir en la misma casa y no hablarse? Oh, hermanos y hermanas, examinémonos a nosotros mismos, y comencemos a dudar si podemos ser felices sin la comunión con Cristo. Cristo es tan precioso para un creyente, que el creyente y Cristo deberían ser como dos tórtolas que no pueden volar a menos que estén en mutua compañía.

De la tórtola se dice que, cuando su pareja se ha ido, puedes hacer que la tórtola se case con otra, traerle todas las tórtolas que quieras, pero es una paloma solitaria y no será consolada, allí se sienta y suspira y se arrulla a sí misma hasta la muerte, llorando por su pareja. La única manera de matar a un cristiano sería quitarle a Cristo. Podrías traerle otras cosas, y, sin embargo, nunca encontrarías otro nombre, nunca otro con quien su corazón estuviera unido. Es más, si recogieras a todos los santos que han sido sepultados, nunca podrías encontrar uno con el que el creyente pudiera juntarse como se ha juntado con Cristo, y tener comunión con Él. Seamos, pues, todos como la paloma, y unámonos al Señor con pleno propósito de corazón.

Creo que no hay necesidad de decir nada más sobre este punto, ni de añadir otra sílaba, excepto ésta: el amor a Cristo facilitará la confianza. Digo nuevamente: el amor a Cristo facilitará la confianza. Ustedes han oído esa historia que se cuenta a menudo de la esposa a bordo de un barco, que vio a su esposo tranquilo y calmado cuando el viento soplaba huracanado y los mástiles crujían. Ella preguntó cómo estaba, y el marido, alcanzando una espada, corrió hacia ella, se la puso en el mismo pecho, y la esposa no se sobresaltó ni un minuto. "Esposa", dijo él, "¿cómo es que no tienes miedo? esta espada está afilada". "Oh", dijo ella, "pero está en manos de mi marido". "Bueno", dijo él, "y aunque ese viento es terrible, está en manos de mi Padre".

El amor puede confiar en cualquier circunstancia. Es completamente asombroso cómo algunos hombres han sido traicionados en la confianza. No se les podría disculpar al principio, han puesto su mano y se han convertido en seguridad para otro, porque realmente amaban tanto a la persona que no podían pensar que fuera posible que les engañara, y no debemos ser demasiado severos, porque no conocemos las circunstancias entre los dos en estos casos.

Amamos porque no podemos evitarlo, confiamos allí donde amamos. Cómo confía el niño en la madre. La madre se ha perdido, está en una colina sombría, cae la nieve y no encuentra el rastro. El camino está cubierto y puede haber un lobo a lo lejos, y la madre puede oírlo, pero el niño no se sobresalta, duerme sobre su pecho, y si se despierta juega con la mejilla de la madre, y mientras ella está llena de alarma, él no conoce el miedo porque ama.

Y mira cómo el niño salta a tus brazos, aunque esté a cierta altura, y si se cayera se haría daño. "Yo te cogeré, niño", y así se hace, él salta. Y así, donde hay amor habrá confianza.

¿Te cuesta creer a Cristo? Ámalo más y será fácil. ¿Te resulta difícil pensar que todas las cosas obrarán juntas para tu bien? Ámalo y estarás seguro de ello, estarás completamente seguro de ello. "No puede ser", dices, "que mi dulce Señor Jesús me haga alguna vez un mal; yo le amo tan bien, y Él me ama tan bien. Que me golpee, y yo besaré Su mano; estoy seguro de que lo hace con amor, no es sino una palmadita de amor a un niño. Aun cuando me frunza el ceño, seguiré creyendo que tiene un rostro sonriente, sólo que lo oculta para dar a conocer mejor el propósito de Su gracia. Aunque me mate, confiaré en Él. Diré, Él lo hizo, confiaré en Él".

Así, hermanos, creo que les he dado amplias razones para amar a Cristo. En cuanto a aquellos de ustedes que nunca han confiado en Él, no puedo decirles que lo amen, confíen en Él primero, y lo amarán después. Entregad vuestra alma en Sus manos. Les exhorto por el Dios viviente, que terminen con su justicia propia, y huyan a Cristo que ha sangrado en la cruz, y cuando hayan sido lavados en Su sangre, y revestidos de Su justicia, entonces le amarán.

Oh Jesús, oh Jesús, ¡ven esta noche a amar los corazones de los hombres! Tú, amante celestial, nuestro dulce Maestro, ven, te lo suplicamos. Cuando cuente Tu historia, los hombres no Te amarán, es más, si la contara con lágrimas en los ojos, no me creerían. Ven, cuéntasela Tú mismo, que en su camino a casa rompan sus corazones de amor a Ti. Que esta noche cumplan el verso que a menudo hemos cantado en Tu honor...

***"Disuelto por Tu bondad, caigo al suelo,
y lloro alabando la misericordia que he encontrado".***

Jesús, trae a casa a los errantes. Recoge a tus ovejas perdidas. Que haya alegría en la tierra, y gozo en el cielo, por los pecadores que Tú has encontrado, pecadores que Tú viniste a buscar y a salvar. "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa". El Señor añade Su bendición por amor de Jesús.

EstudiaLaPalabra.org